

EL DIALECTO CANARIO DE LA LUISIANA

Manuel Alvar López

El establecimiento de los españoles en Luisiana determinó la venida de familias canarias a las que el Rey ofreció casa, algo semejante a lo que había hecho al establecer las «nuevas poblaciones» de Sierra Morena. Allí fueron los siguientes barcos: *Santísimo Sacramento*, *San Ignacio de Loyola*, *La Victoria*, *San Juan Nepomuceno*, *La Santa Faz*, *Sagrado Corazón de Jesús*, *la fragata Margarita* y *el Santísima Trinidad*. Sabemos puntualmente, barco por barco, la gente que llegó. Leyendo libros de Historia se pueden seguir los avatares de estas gentes hasta finales de la segunda guerra mundial. Los canarios se asentaron en la Tierra de Bueyes, cerca de Nueva Orleans, en posesiones que Pierre de Marigny de Mandeville ofreció al Gobernador Gálvez.

Cuando se estableció la enseñanza pública en Luisiana (1830) el francés era aprendido y los nombres de los isleños, afrancesados. Esta información científica es de dominio común. Un informante me decía que “los curas eran franceses y al bautizar cambiaban los nombres porque no entendían. Siempre ponían curas de nación distinta”. En una frustrada encuesta en Belle Rose me atendió el último superviviente

isleño. Su español no es que fuera vestigial, es que no existía. Me dijo su nombre: Manuel Cavalier, debía ser Caballé o Caballero, fruto de incompreensión lingüística. Esta situación de aislamiento hizo posible la incomunicación del grupo en su propia lengua, abandonada a unos usos estrictamente orales, y la penetración del francés, que fue muy importante, en tanto quedaba en un segundo plano el inglés.

Con el tiempo, los canarios se convirtieron en un “*forgotten people*”. La población de Luisiana aumentó con rapidez, llegaron los criollos de Santo Domingo, Haití..., y se extendió el inglés. Los descendientes de españoles iban quedando como una rareza de la que no pudieron zafarse; cuando William Henry Sparks hace una descripción de los canarios (1870) sus observaciones son de lo más tópico, como si nuestros isleños fueran el espécimen de lo español (¿Cuál es el tipo español?). Recuerdo el viaje de Dumas a España, y en Irún encontró todo lo que esperaba tropezarse en Sevilla: poco puede la realidad ante los tópicos. Y ahí siguen.

Pero lo que importa: por 1850 los canarios agricultores eran mayoría; menos, los pescadores y cazadores. Vino la guerra de Secesión

(1861) y las cosas empeoraron: ocupación de Luisiana (1861-1877) y deterioro de la situación de los blancos, que sirvieron en la guerra del 98, acaso sin adivinar que un día, en la Isla de Delacroix, me diría uno de ellos, en un vibrante español, el viejo Chelito con 96 años auestas: “Yo soy americano, pero mi sangre es española. Nunca hubiera disparado en una guerra contra España. Hubiera clavado en el suelo la boca del fusil”. Los isleños sirvieron a Estados Unidos en las guerras del 14 y del 39: era lo justo; ocuparon puestos de responsabilidad. Nos interesan las noticias si afectan a la lengua. C. Din señala la decadencia de las comunidades isleñas: gentes que seguían pescando y cazando, pero que se han diluido en los grupos que los rodean. Mis informantes dicen que las cosas cambiaron antes; me hablan de los terribles huracanes de 1904 y 1915, que les destruyeron sus poblados, y los dispersaron. Tengo en mis notas nombres cuya historia es de una tristeza infinita: Pepita Melerín, Pedro Menés, María Molero... Las gentes huían del temporal; la madre llevaba emburrujada en una manta a su niñita, todo era fango, la mujer, la manta. Cuando quedó a salvo, abrió la frazada, y estaba vacía. La niña quedó en el barrizal. El hombre que horrorizado subió a un árbol con su perro; creían estar seguros, cuando del barro salieron dos horribles cabezas; culebras asustadas que habían buscado la misma salvación. La casa arrancada de cuajo sin dejar la huella de su asiento; sólo al llegar la primavera, las flores ordenadas en un recuadro dejaban saber dónde hubo un jardincito. Gentes de mis islas. Pero los canarios tuvieron que dispersarse y en la dispersión la lengua quedó dañada. Dejaron de ser un grupo cerrado y hubo matrimonios con gentes que ya no sabían español.

Un día de la primavera de 1991 recalé en Poyras: íbamos a trabajar mi mujer y yo. Nos acompañaba mi amigo, espejo de lealtades, Arnulfo Ramírez. Allí se nos unió –Dios se lo pague– Samuel Armistead. Fueron las presencias que necesitaba la buena fortuna de mi tra-

bajo. Armistead, mi muy querido Sam, nos llevó a su amigo Irvan Pérez. La hospitalidad abrió, de par en par, sus puertas. Y yo empecé con las preguntas. Los filólogos de otros campos no podían creer en el implacable rigor del dialectólogo: palabras y palabras, miles de palabras. Un día y otro y otro. Irvan Pérez nos daba, generosísima, hospitalidad y su esposa –italiana– nos preparaba comidas canarias. Yo apuntaba y mi mujer grababa. Sabíamos que estábamos al final del prodigio; morirán estos hombres y sus hijos no hablarán español, ni criollo, ni vestigial. La muerte con un tajo firme. Aquel hombre y su amigo Alfred, y las mujeres, a las que llamaron, hablaban un español como el mío. Sin fisuras y sin vacilaciones. No voy a caer en la pedantería de hablar aquí de dialectos, idiolectos y sociolectos, quédense para las páginas de algún libro. Hablaban como yo. Me decían: “beletén” y “guirre” y “fechar”. Me decían. Pero “¿un chile pequeñito y muy picante?” Irvan y Alfred sonreían. ¿Por qué no contestan? Verá es que... ¡A que yo lo sé!: “*Putita la madre*”. Decidí volver al año siguiente, ahora no con el cuestionario del Atlas de América, sino con el cuestionario del Atlas de Canarias, íntegro, sin lagunas. Pero no era todo. ¿Y el mundo marinerero? Volví con el cuestionario de nuevo Atlas y con el volumen *North American Wildlife*. Irvan y Alfred sabían todo. (¿Criollo? ¿Vestigial?). Y yo traje montones de cuadernos escritos y montones de cintas grabadas. Pero era poco: Samuel Armistead me regaló veinticuatro cintas con mis propias encuestas y otras suyas.

Todo esto ha ido pasando a las páginas de un libro. Lo que iba a ser un punto, en el Atlas de América, se ha convertido en una continua obsesión, hasta hoy, que en España es primavera y aquí, en Albany, todavía ayer nevaba. Desde el ventanal de mi estudio –enorme ventanal– veo árboles desnudos y cielo plomizo. Pero la alegría ha entrado a raudales en las palabras de gentes que quiero más, y en paisajes que me ganaron para siempre. Estoy viendo,

un cuidado y blanquísimo cementerio con nombres familiares: "El primer regalo que nos hizo el Rey de España".

En éste breve resumen, así como en mi libro "*El dialecto canario de Luisiana*", me he limitado, en cuanto he podido, a mi propia obra, no por desdén a la ajena, que admiro más que el que más (de ello doy fe en el sustento bibliográfico de cada afirmación), sino por coherencia metodológica y por huir de polémicas. Es fácil leer afirmaciones categóricas que tienen casi cien años en nuestros estudios (me refiero a Roussetot y Gauchat) y se silencian los criterios de grandes maestros hodiernos (digamos Labov). Así es fácil buscar cabezas de turco para disparar. ¿Se conocen los nombres que acabo de ci-

tar? Y es que los críticos, cuántas veces, se encasillan en su doctrina y no quieren entender la ajena, ni siquiera cuando la tienen bajo los ojos. Si es que no hay otras razones menos confesables. En cierta ocasión, don Emilio García Gómez me decía: "A ti ¿no te gusta discutir?" Y yo le contesté: "*Bücher bleiben, Rezensionen überführen*". Lo aprendí de un gran maestro alemán y no quiero otra cosa que ser fiel a mi propio quehacer. Habrá, y me parece muy bien, quien discrepe de lo que yo he hecho en mi libro sobre Luisiana. Pero olvídense de aspavientos y haga otro mejor. Quiero decir: con más esfuerzo en la recogida de materiales, con más geografía conocida por el trabajo, y con más devoción al elaborar los materiales.